

Sevilla - 27 Agosto 75.

1848/

Sev 1848

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

# SUSPIROS.

POESÍAS.

SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1875.

2995

33-5<sup>a</sup> bis

170119113

~~777~~  
L47-2170

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

---

# SUSPIROS.

POESIAS.

2995

---

SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1875.

---

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Á LA VENERANDA MEMORIA

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DON JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO Y BERNAL.

---

Recibid ¡oh bondadoso maestro mió! con la dedicatoria de estas humildes páginas, un sincero aunque débil testimonio del respetuoso cariño que siempre profesé á vuestra ilustre persona.

La muerte no ha conseguido separaros de mí, porque vive en mi mente el dulce recuerdo de vuestra sabiduría y vuestras virtudes, y guarda inalterable mi pecho el profundo agradecimiento de las bondades con que os dignásteis de honrarme y favorecerme. Uno y otro durarán cuanto dure mi existencia.

*Francisco Rodriguez Marin.*



## PRÓLOGO.

Temeroso, muy fundadamente, de su mal éxito, me aventuro á dar á luz pública este libro, si escaso en dimensiones, abundante en defectos, que soy el primero en reconocer y el último en disimular. Y como sea costumbre que las obras poéticas lleven al frente un su juicio crítico debido á alguna persona de notoria reputacion literaria, y el Ilmo. Sr. D. José Fernandez-Espino, cuyos bondadosos consejos me decidieron á emprender esta publicacion, no pudo, á causa de la enfermedad que desgraciadamente lo llevó al sepulcro, escribir el que para tal objeto y con la generosidad que le era propia me habia ofrecido, he ideado subsanar en lo posible esta falta, transcribiendo á este lugar, por via de prólogo, y con la competente autorizacion, dos cartas que dicho señor me hizo la merced de dirigirme en las dos ocasiones en que le envié algunos de los ensayos poéticos que forman la presente desaliñada coleccion.

Así proporcionaré al lector el gusto de conocer estos documentos, que si bien son breves y de muy escasa importancia por su asunto, no por eso dejan de dar un concepto tan ventajoso como justo de las virtudes y talentos del sabio literato que las escribió y cuya dolorosa pérdida deja un profundo vacío en el campo de las ciencias y de la literatura de nuestra patria.

Dice así su primera carta:

Sevilla 14 de Diciembre de 1873.

SR. D. FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

Mi distinguido amigo: Ignoraba que tuviese V. aficion á la

poesía y por lo mismo me ha sorprendido agradabilísimamente con las composiciones que ha tenido la bondad de remitirme.

No diré á V. que todas ellas sean de un mérito sorprendente y que carezcan de defectos: esto último, ni era posible á la edad de V. ni á su falta de experiencia. Pero hay en ellas una excelente cualidad, que es la que distingue al verdadero poeta: el sentimiento y la inspiración: sin estas circunstancias es imposible la poesía y en V. existen con gran riqueza.

Ahora canta V. al amor: ¿á qué otra cosa puede dirigirse un jóven de diez y ocho años, cuando ese sentimiento, hoy que todavía no está herido su corazón por los desengaños, es lo que todos los objetos le inspiran, sobre todo la mujer?

Días vendrán en que mire V. con otra reflexión la naturaleza y el mundo social; y si para cantar la primera guardará sus más apacibles y entusiastas acentos, acaso no sea tan benévolo para la expresión de las faltas y aun delitos que pueda encontrar en el segundo. Entónces, nada tendrá de extraño que recurra V. en la pintura de la belleza á Aquél que, fuente de todo bien y sublimidad, es también tipo de toda hermosura.

Yá ha tenido V. acentos para recordar con tierno y dulcísimo amor á su buena madre; tras éstos yá se irán despertando en su alma con la edad otros no ménos nobles y delicados; no olvide sobre todo, que la belleza moral es la más alta de todas las bellezas, después de la religiosa, y que á ensalzarlas, siempre que se lo dicten su corazón y su fantasía, debe disponer las cuerdas de su lira.

Yá conoce V. mi juicio por el efecto que me han producido sus versos. Estudie constantemente los clásicos y los buenos modelos y no se engría por las buenas disposiciones que ha recibido de la naturaleza, que el ingenio sin cultivo no es bastante. Observe V. que la flor silvestre, aunque bella, nunca puede competir con la de los cultivados jardines.

Siempre de V. afectísimo amigo y servidor, Q. S. M. B.,

JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO.

Animado por el contenido de esta bondadosa carta, sentí aumentarse mi afición á la poesía; hallé luego diversas ocasiones de escuchar las luminosas advertencias de tan insigne maestro y ellas me hicieron amar más y más el estudio de nuestros poetas y dedicarme casi exclusivamente á las tareas literarias. Muchas veces tuve la honra de someter á su ilustrada opinión mis composiciones, y, siempre afable y cari-

ñoso, deteníase en sus defectos sólo lo muy preciso para hacérmelos notar y reprendérmelos suavemente, mientras que se extendía largo tiempo en elogiar alguna que otra belleza que por casualidad encontraba.

Y habiéndole enviado más tarde, desde mi pueblo, algunos otros ensayos poéticos, apesar de suplirle, en la carta que á ellos unía, que no malgastase un tiempo que reclamaban sus importantes ocupaciones en participarme por escrito su parecer, -se dignó contestarme en otra carta del tenor siguiente:

Sevilla 10 de Noviembre de 1874.

SR. D. FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

Mi distinguido amigo: He saboreado con placer las composiciones poéticas que se sirvió V. remitirme adjuntas á su estimada carta de 24 de Octubre próximo pasado.

Como de palabra puede hablarse más ámpliamente que por escrito y V. me ofrece para no muy tarde una visita, entónces diré á V. mi opinion, que desde ahora le anticipo ha de ser favorable á la mayor parte de las poesías últimamente remitidas.

No sé yo si vería V. una carta que dirigi á D. Manuel Cano sobre su leyenda titulada *D.ª María Coronel* y várias poesías sueltas amorosas que contiene el pequeño volúmen donde se halla impresa la primera. Elogié á ésta con la sinceridad que acostumbro, porque contiene rasgos de pasion, de brillante poesía y de cierto sentimentalismo en el pensamiento que interesan y cautivan. No así fué mi crítica respecto á las otras composiciones fugitivas.

No soy yo de los que no encuentran en el amor poesía: al contrario; es la pasion más poética de todas, porque en ella pueden comprenderse todas las profundidades más grandes y terribles del alma, así como todas las más puras, delicadas y apacibles. Pero Cano no considera el amor como fuente de abnegacion y sacrificio, sino como un sentimiento más ó ménos vivo, pero que aparece como ráfagas pasajeras, que, semejantes á fuegos de artificio, no dejan en pos de sí nada.

V. canta tambien al amor; ¿y qué ha de cantar un jóven que acaba de entrar en la primavera de la edad? Pero V. impregna sus composiciones de un sentimiento reflexivo, delicado y moral, que muchas veces enseña y algunas enamora.

No es esto decirle que no contengan faltas; las hay en algunos pensamientos y con más frecuencia en las formas: pero les

queda á las principales un no sé qué de encantador que las avallora como el perfume á las flores.

No pierda V. la esperanza de adquirir una excelente diccion poética: siga V. estudiando, y acaso cuando ménos lo piense se encontrará con esa brillante cualidad. No olvide V. que el pensamiento más feliz, sin un galano atavío que le dé realce, nunca puede aparecer en toda su belleza.

Hasta que tenga el placer de saludarle, queda suyo su afectísimo amigo, Q. S. M. B.,

JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO.

Tal es el juicio que mis humildes poesías merecieron al Sr. Fernandez-Espino. Más tarde, y cuando yá su cruel enfermedad le acercaba á las puertas del sepulcro, tuve el atrevimiento de dirigirme al sabio crítico y eminente poeta Ilmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, remitiéndole varias composiciones recientemente escritas, entre ellas las tituladas *¡Véte! La Caridad*, *Á la Música* y *Á mi padre* y suplicándole que se dignase hacerme el favor de participarme su opinion respecto á ellas. En efecto, apesar de hallarse alterada su importante salud, y probando una vez más que la bondad es patrimonio de los sabios, tuvo á bien enviarme, á mediados de Mayo último y en contestacion á la mia, una muy lisonjera carta en que, con benévolas frases, me dice haber sido de su agrado, especialmente las tres primeras de las citadas composiciones y en que me alienta á proseguir dedicándome al cultivo de las letras. Es este un precioso documento que guardo tan cuidadosamente como las dos cartas del Ilmo. Sr. D. José Fernandez-Espino, y que constituye con ellas mi más grande riqueza.

Por lo demas, bien sé que abundan en este libro los defectos, tanto como escasean las bellezas, y en su consecuencia impetro con todo mi corazon la indulgencia del público.

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

Osuna 24 de Julio de 1875.

## BUSCANDO UN ALMA.

Peregrino de amor, falto de calma,  
Corriendo el mundo sin descanso voy;  
De la vida en la senda busco un alma,  
Y no la encuentro, y fatigado estoy.

Era yo niño; con amor profundo  
Cantar cabe mi lecho la sentí,  
Y desde aquella noche corro el mundo  
Buscándola con loco frenesí.

Era el canto de un alma dulce y pura  
El que mi sueño plácido arrulló;  
De un alma toda amor, toda ternura,  
De un alma, en fin, cual la que busco yo.

¡La adoro! Su dulcísimo recuerdo  
Hiere todas las fibras de mi sér;  
Si la esperanza de encontrarla pierdo,  
¡Pobre de mí! ¿qué puedo yá perder?

¿Dónde estás, alma mia? ¿No respondes?  
¿Por qué de mi cariño huyendo vás?  
¿Por qué, por qué de mi pasión te escondes?  
¿Dónde estás, alma mia?... ¿Dónde estás?

¡Tú existes! Yo, en mis sueños de oro y rosa,  
Ví tus hechizos cándidos de hurí,  
Y he sentido en mi frente calurosa  
El beso de tu labio de rubí.

¡Tú existes! Escuché tu blando acento  
En el trino del pardo ruiseñor,  
Y respiré tu embalsamado aliento  
En el pintado cáliz de la flor.

Y miré tu purísima sonrisa  
En la aurora que el sol viene á anunciar,  
Y entre sus alas la nocturna brisa  
Me trajo tu doliente suspirar.

Y cuando el sol en la serena tarde  
Lento declina en campos de zafir,  
Del vivo fuego que en tus ojos arde  
Una chispa he mirado en él lucir.

¡Oh dulce iman de la esperanza mia!  
¡Oh ensueño delicioso de mi bien!  
¡Vén á inundar mi pecho de alegría!  
¡Vén, ángel mio, yo te adoro... ¡vén!

¿Dónde estás, alma mia? ¿No respondes?  
¿Por qué de mi cariño huyendo vás?  
¿Por qué, por qué de mi pasión te escondes?  
¿Dónde estás, alma mia?... ¿Dónde estás?

Alma del alma en que moras,  
Son testigos de mis penas  
Mil claras noches serenas  
Y mil rosadas auroras.

Vén, porque te adoro tanto  
Y en tal tortura me tienes,  
Que, si á mi cantar no vienes,  
Me ahogará el mar de mi llanto.

Yo te busco en los rumores  
Que el áura al pasar desata,  
Y en esa luna de plata,  
Y en las hojas de estas flores.

Y tú de mí huyendo vés,  
Y es horrible mi agonía...  
¡Ay! ¿dónde estás, alma mia?  
¡Alma mia! ¿dónde estás?

# LA CARIDAD.

ODA DEDICADA

Á LA SRA. D.<sup>a</sup> ELENA RODRIGUEZ DE GALVAN.

Es fuente pura de amoroso fuego,  
Es madre de la paz y del reposo,  
De la sabiduría y de la gloria,  
Del angélico estado es un trasunto,  
Es semejante á Dios y Dios es ella.  
BARTOLOMÉ CAIRASCO DE FIGUEROA.

Ni el dulcísimo y vago  
Suspiro de las brisas de la noche  
Al besar de la rosa el casto broche  
Ó al adormirse en el sereno lago;  
Ni los suaves destellos,  
Argentados y bellos,  
Que refleja la luna misteriosa

Melancólicamente

En los limpios cristales de la fuente,  
Bañando el valle con su luz dudosa;  
Ni el puro solnaciente, á quien las aves  
Sus himnos cantan con amor profundo,  
Cual tú son dulces, puros ni süaves,  
¡Oh santa Caridad, alma del mundo!

Ángel bendito de doradas alas,  
Acaso el más amado  
Del excelso Señor de tierra y cielo,  
Abandonaste las sidéreas galas,  
Y hácia el odioso mundo del pecado  
Tendiste compasivo el ráudo vuelo.

¡Tiempo era yá! que el crimense extendía  
Por la faz anchurosa de la tierra,  
Y Luzbel, en su bárbara porfía,  
La noche de su infamia difundía,  
La noche del espanto y de la guerra.

¡Tiempo era yá! Los hombres, olvidados  
Del Señor de los dones infinitos,  
Corrían, como potros desbocados,

Entre falsas creencias y delitos  
Hacia el antro infernal de los precitos.

Y Luzbel sus hogueras atizaba,  
Y, con risa feroz de su odio eterno,  
Contento á recibir se preparaba  
La humanidad entera en el Averno.

Pero tiempo era yá de que murieran  
Sus negras esperanzas inhumanas.  
Y en humo sus ardides se volvieran.

De Daniël las últimas semanas  
Tocaban á su fin; las profecías  
Del canto de Isaías  
Á cumplirse iban yá; que era la hora  
En que brillante, pura y seductora  
Había de extender su dulce manto  
La deseada aurora  
Del día del amor bendito y santo.

Viene Jesús al mundo;  
«¡Caridad!» es el lema  
De la bandera de su amor profundo,  
Que las almas enciende, y no las quema.

En cada corazon empedernido  
Su voz á la virtud erige un templo,  
Y descalzo, sediento y abatido  
La humildad va enseñando con su ejemplo;  
¡Él, que en su omnipotencia sacrosanta  
Tiene al sol por alfombra de su planta!

Y ¡estaba escrito! en prêmio á sus afanes,  
Á su profundo amor, Salem deicida,  
Soltando de su furia los volcanes,  
Corta el hilo precioso de su vida.

¡Y mueres Tú, Dios mio,  
En la cumbre del Gólgota sombrío,  
Y un beso es tu suspiro postrimero,  
Beso de paz y amor al mundo entero!

Ardiente Caridad, que un ángel eres,  
¿Por qué el duro martirio no evitaste  
Del más bueno y más santo de los séres?

¿Por qué de entre las turbas furibundas  
Perezoso faltaste,

Y el torpe crimen cometer dejaste?

¿Tal vez, por más que triste y desolado

Hacia Sion avivaste el vuelo fuerte,  
Sólo viste al llegar la negra muerte,  
Y hallaste el sacrificio consumado?

Nó, tú estabas allí; pero lo escrito  
Había de cumplirse, que era arcano  
Del poder infinito;  
Para evitar el bárbaro delito  
Hubiera sido tu influencia en vano.

Tú estabas en la cruz, ángel bendito;  
Tú estabas en el alma y en los labios  
De Aquél que, cuando muere,  
Perdona la cruel mano que le hiere,  
Y devuelve ternura por agravios.

Murió el Señor, y desde entónces moras  
Entre la humanidad, por la que velas,  
Y tú en sus amarguras la consuelas,  
Y tú sus males compasivo lloras.

Murió el Señor dejando consumada  
Su obra de redencion, y dando al suelo,  
¡Oh Caridad! tu enseña venerada,  
Enseña de perdon y de consuelo.

¡Grande, augusto y sublime es tu santuario;  
Que su primera piedra es el Calvario,  
Y se pierde su cúpula en el cielo!

¡Caridad, Caridad...! Playa segura  
Donde encuentra gratisimo reposo  
El náufrago perdido y sin ventura  
En el mar de la vida borrascoso;  
Astro bendito de fulgor divino  
Que das luz á los ojos

Del mortal, fatigado peregrino  
Que, sin tí, sucumbia en los abrojos  
Que erizaban su áspero camino;

¡Caridad! Dulce fuego en cuya llama  
El corazon se inflama,  
Extiende tu influencia protectora  
Sobre la humanidad, ¡toda te ama!  
Sobre el pueblo español, ¡todo te adora!

Inagotable fuente de consuelo,  
¡Grande, augusto y sublime es tu santuario;  
Que su primera piedra es el Calvario,  
Y se pierde su cúpula en el cielo!

## ¡SI ASI FUERA SU CARIÑO!

Una tarde—en Mayo fué;—  
Los rubios rayos tan bellos  
Del sol absorto admiré,  
Y, pensando en tí, exclamé:  
«¡Tan rubios son sus cabellos!»

Ví sonreír á las flores  
Que mece inquieta la brisa  
Con soplos arrulladores,  
Y, pensando en mis amores,  
Dije: «¡Tal es su sonrisal!»

Y en mi triste desconsuelo  
Pedir quise á Dios de hinojos  
Que calmára tus enojos,  
Y pensé al mirar al cielo:  
«¡Tan azules son sus ojos!»

Oré, y la mano llevando  
Sobre el corazon de niño,  
Al sentirlo golpeando,  
Balbuceé sollozando:  
«¡Si así fuera su cariño!»

## Á MI MADRE.

Día de los difuntos;  
Hoy es el día  
Que espera mis plegarias  
La madre mía.  
¡Mi buena madre!  
Yo sólo tengo penas,  
¿Qué podré darte?

Si tú permanecieras  
Aquí, á mi lado,  
Te diera una sonrisa  
Con un abrazo.  
¡Mi madre tierna!  
Estando tú conmigo,  
¿Quién dijo penas?

Tú besaste mi frente,  
Tú que eres ángel;  
Tú arrullaste mi sueño  
Con tus cantares,  
Y cariñosos,  
Siempre en mí estaban fijos  
Tus bellos ojos.

Mas me dejaste un dia;  
Volaste al cielo,  
Y en mis mejillas mústias  
Yá no hubo besos.  
¿Quién darlos sabe  
Tan puros y tan dulces  
Como una madre?

No hubo tranquilos sueños,  
No hubo sonrisas;  
¡Como tú no cantabas,  
Yo no dormia!  
Mis secos labios  
Sin cesar te llamaban,  
¡Ay! pero en vano.

Si tanto, madre mia,  
Fué tu cariño,  
¿Por qué no te llevaste  
Tu pobre hijo?  
¿Tal vez no sabes,  
Que es cual yedra sin tronco  
Hijo sin madre?

La senda de la vida  
Cruzando solo,  
Voy, huerfanito triste,  
Pisando abrojos.  
Fuerzas me faltan;  
Madre, si tú vivieras,  
Tú me guiáras.

Día de los difuntos;  
Hoy es el día  
Que espera mis plegarias  
La madre mia.  
¡Mi buena madre!  
Yo sólo tengo penas,  
¿Qué podré darte?

Siempre en mi mente vive  
Triste el recuerdo  
De la amorosa madre,  
Que tanto quiero;  
Y hondo suspiro  
Se escapa pesaroso  
Del labio mio.

Te he perdido, y mis penas  
Son muy amargas;  
Si vivieras, con besos  
Las consoláras.  
Me miro solo,  
Y una lágrima ardiente  
Brotó en mis ojos.

La lágrima, el suspiro  
Juntos te mando,  
Como prenda preciosa  
De mi amor santo.  
En mi plegaria  
Entrambos van envueltos,  
Suspiro y lágrima.

Y tú, que por ser ángel  
Volaste al cielo,  
Pon alivio á mis penas,  
Dáles yá término.  
Dios es benigno;  
Pídele que á tu lado  
Lleve á tu hijo.

2 de Noviembre de 1873.

## CONTRASTE.

POESIA DEDICADA A LA SEÑORITA

DOÑA TERESA DE PINEDA Y DE CEPEDA.

Yá vistiéndose de flores  
Iban llanuras y lomas;  
Yá cantaban sus amores  
Trinando los ruiséñores,  
Con su arrullo las palomas.

Yá las brisas suspirando  
Vagaban entre las rosas,  
Y sus alas envidiando,  
Iban perfumes libando  
Las pintadas mariposas.

El arroyo mansamente  
Por el prado serpeaba,  
Jugueton y trasparente,  
Y el lirio su casta frente  
Para besarlo inclinaba.

Era el mes de las amenas  
Bellas tardes seductoras,  
De las blancas azucenas,  
De las noches tan serenas  
Y de las dulces auroras.

Todo era amor y alegría;  
Lo que vivía, alentaba;  
Lo que alentaba, crecía;  
Todo entónces sonreía,  
Todo en aquel tiempo amaba.

Y amaba yo; pero en tanto  
Que aquella estación florida  
Era toda paz y encanto,  
Yo tenía el alma herida  
Y era copioso mi llanto.

Hubo una niña hechicera  
Que me robó el albedrío;  
La amaba con desvarío,  
Cual ama en la primavera  
Un corazón como el mío.

Y ella, ingrata, despreciando  
Mi cariñosa ternura,  
Iba mi muerte labrando;  
Por eso estaba llorando  
El llanto de la amargura.

Todo entonces sonreía;  
Lo que vivía, alentaba;  
Lo que alentaba, crecía;  
Y tanto amor y alegría  
Mi amor, mi pena insultaba.

Que la estación que se viste  
De gala tan opulenta,  
Y tanto placer ostenta,  
El infortunio de un triste,  
En vez de calmar, aumenta.

Por eso en honda tristura  
Lloraba mi pobre amor;  
Que al mirar tanta ventura,  
Era mayor mi amargura,  
Se aumentaba mi dolor.

«¿Qué vale tanta belleza,  
Exclamaba en mi quebranto,  
Qué vale naturaleza,  
Si al ver su régia grandeza  
Corre más triste mi llanto?

»¿Qué vale la blanca aurora  
De sonrisa encantadora,  
Con su luz vaga, indecisa,  
Si no miro la sonrisa  
De su boca seductora?

»¿Qué valen los anchos tules,  
Ni el sol que alumbra desde ellos,  
Si son sus ojos más bellos,  
Más puros y más azules,  
Y más rubios sus cabellos?

»¿Qué vale la brisa leve  
Que vaga besando flores,  
Qué vale, miéntras no lleve  
En un suspirillo breve  
Su desden y mis dolores?»

Así en dolientes acentos  
Se desahogaba el cobarde  
Corazon, y mis lamentos  
Se perdian en los vientos  
Levísimos de la tarde.

Todo entónces sonreia;  
Lo que vivia, alentaba;  
Lo que alentaba, crecia;  
Y tanto amor y alegría,  
Mi amor, mi pena insultaba.

Y yá iba el sol declinando;  
Levantó la flor su broche,  
Su rayo postrer mirando,  
Y asomó, el mundo alumbrando,  
Bello el astro de la noche.

Y ocultó luégo la luna  
Su pura, nítida frente;  
Calló un momento la fuente,  
Y la brisa en la laguna  
Se adormeció dulcemente.

Y escucháronse á lo léjos  
Misteriosas notas graves,  
Y despertaron las aves  
Á los primeros reflejos  
Del alba de tintas suaves.

Yá la aurora iba pintando  
Los campos de rosicler,  
Y sopló el céfiro blando;  
Todo, todo era placer:  
¡Sólo yo estaba llorando!

## Á MI PADRE.

¿Cómo habré de cantarte, amado padre?  
¿Cómo cantar mi sin igual cariño,  
Si las débiles notas de mi lira  
No responden del pecho á los latidos?

Tanto debo á tu amor, tanto te debo,  
Tanto, tanto, señor y padre mio,  
Que aunque lo siente el alma que te ama,  
No puede el lábio mísero decirlo.

El sér me has dado tú; por mí velaste  
Con entrañable afan, y cuando niño,  
Depositaste en mi serena frente  
Los puros besos de tu amor bendito.

Tú mostraste á mis ojos con tu ejemplo  
De la virtud el áspero camino,  
Y tú, muerta mi madre, ¡pobre madre!  
En el tuyo su amor has refundido.

Tú, llevando el trabajo por divisa,  
Incansable, eficaz, firme y solícito,  
Con el sudor honroso de tu frente  
Has toda tu existencia ennoblecido.

No hubo jamás empresa fatigosa,  
Jamás hubo difícil sacrificio  
Que con sumo placer no acometieras  
Si en el bien redundaba de tu hijo.

¿Y he de cantar ¡oh padre! el que te guardo  
Tesoro inextinguible de cariño?

¿Y por mi canto ha de apreciar el mundo  
El inmenso sentir del pecho mio?

¡Oh! No venga á entonar mi pobre lira  
El himno de mi amor casi infinito,  
Que fuera de él su desmayado acento  
Un bosquejo no más pálido y frío.

¿Quieres, padre, saber cuánto te amo?  
Pregúntalo, pregúntalo á tí mismo,

Que si mi voz decírtelo no sabe,  
Sólo tu corazon podrá decírtelo.

Tus ojos son la luz de mi existencia,  
Mi vida en ellos retratada miro;  
¡Ojalá del dolor la negra nube  
No ose nunca empañar su dulce brillo!

¡Que tu vida preciosa, padre amado,  
Quieran los cielos alargar benignos,  
Y que yo, que te adoro, ser consiga  
De tu vejez el báculo propicio!

¡Que derrame el Señor sus bendiciones  
Sobre tus canas, padre.... ¡Oh padre mio!  
¡Qué grande es tu virtud, qué bueno eres,  
Y qué orgulloso estoy de ser tu hijo!

LAZO INDISOLUBLE.

Dios, cuya voluntad omnipotente  
Hizo brotar mil mundos de la nada;  
Dios, que sustenta y rige el universo;  
Dios, causa de las causas;

Dios, infinito y sabio, eterno y justo;  
Por quien las aves en los bosques cantan,  
Por quien las flores brindan sus perfumes,  
Por quien vuelan las áuras;

Dios, ese Dios tan grande y tan benigno,  
Desde el cielo anudó nuestras dos almas,  
Y dispuso que nuestros corazones  
Acordes palpitáran.

No temas que á romper tan santo nudo  
Baste la miserable fuerza humana;  
Almas que Dios ha unido desde el cielo,  
¿Quién podrá separarlas?

EN LA AUSENCIA.

No me olvides, no me olvides,  
Por tu alma te lo ruego;  
Yo, que no temo á la muerte,  
Tan sólo á tu olvido temo.

No rompas mis esperanzas,  
No desvanzcas mis sueños,  
No mates mis ilusiones,  
Si no quieres verme muerto.

Tú no sabes, tú no sabes  
Cuánto te adora mi pecho,  
Que mil suspiros te envía  
En las alas de los vientos.

Tú no sabes cuántas lágrimas  
En mi ausencia estoy vertiendo,  
Por dulcísimo tributo  
Á tu constante recuerdo.

Quiéreme, quiéreme siempre,  
Quiéreme cual yo te quiero;  
Yo no te olvido un instante,  
No me olvides ni un momento.

¡Si me olvidáras...! ¡Si un día...!  
¡Oh, nó, nó, ¿por qué lo pienso?  
¡Mi horizonte es limpio y claro  
Y en mirar nubes me empeño!

Tú me quieres; me lo han dicho  
Tus azules ojos bellos;  
He visto llorar tus ojos....  
¿Para qué más juramentos?

Tú me quieres, y en tu alma,  
Que es tan pura como el cielo,  
Como de amor está llena  
No cabe otro sentimiento.

Que nunca me olvidarás  
Céfiro y aves dijeron:

¡Que digan verdad las aves!  
¡Ay, que no mientan los céfiros!  
Sol purísimo que inundas  
Mi alma de tus destellos,  
Si me negáras tu lumbre,  
¿Qué haría este pobre ciego?  
No me olvides, no me olvides,  
Mi alegría, mi consuelo;  
Yo, que no temo á la muerte,  
Tan sólo á tu olvido temo.

## ¡TODO PASÓ!

Aún recuerdo las noches deliciosas  
Que la luna alumbraba,  
Melancólica lámpara tan triste  
Cual contentas y alegres nuestras almas.

Aún escuchar presumo tus amantes,  
Dulcísimas palabras,  
Que á un bello paraíso de venturas,  
De delicias sin fin me trasportáran.

Aún me parece que mi frente besan  
Las juguetonas áuras,  
No suaves cual los lánguidos suspiros  
Que de tus frescos labios se escapaban.

Y pienso ver tus ojos de violeta,  
Tu nítida garganta;  
Y pienso ver tu plácida sonrisa,  
Y pienso ver tu frente nacarada.

Mas ¡ay! ¡todo pasó!... ¡Fueron tan breves  
Nuestras amantes pláticas!  
¡Pasaron tan veloces, tan veloces,  
De nuestro inmenso amor las horas vanas!

No miro ya tus ojos tan azules,  
Ni tu frente tan blanca;  
Ni ya siento el suspiro de tus labios,  
Ni escucho tus dulcísimas palabras.

Tan sólo el astro que miró mis dichas,

Hoy mira mis desgracias;

Melancólica y triste está la luna....

¡Melancólica y triste está mi alma!

## ¿CUANDO?

### SONETO.

Va extendiendo la noche lentamente  
Sus sombras, de mi llanto tutelares,  
Que yá en el ancho espejo de los mares  
El moribundo sol hundió su frente.

Así, despues que puro y sonriente  
Vertió en mi alma dichas á millares,  
Se sepultó en el mar de mis pesares  
El sol de mis delicias esplendente.

Rey de los astros, dulce precursora  
Á anunciarte vendrá la aurora fria,  
Que, ostentando rubíes, perlas llora;

Pronto abrirá las puertas á otro dia;  
¡Ay! pero ¿cuándo lucirá la aurora  
Que anuncie el muerto sol de mi alegría?

## UN RECUERDO DE MI INFANCIA.

À mi buen amigo el jóven poeta

DON FRANCISCO MONTES Y GORDILLO.

Todo huyó, todo fué: pasa un momento,  
Llega el siguiente, y el dolor tan sólo  
Con su amarga lazada es quien los une.  
QUINTANA.

¡Dulce edad de los juegos infantiles,  
Risueña y hechicera,  
En que todos los meses son abriles,  
En que el año es continua primavera!  
¡Ay, quién volver pudiera  
Á gozar tus delicias inocentes,  
Á correr por la plácida llanura,  
Y á coger nidos de aves  
Allá del fresco soto en la espesura!

Mis pensamientos de hoy tristes y graves  
¡Oh! ¡con cuánto placer los cambiaria  
Por aquellos alegres y süaves  
Que encanto fueron de la vida mia!  
    Refulgente lucia  
Un astro para mí de bienandanza,  
Y á entristecer mi mente no venía  
Ni el acíbar amargo de un recuerdo,  
Ni el halago falaz de una esperanza.  
Los purísimos besos de mi madre;  
Las plácidas caricias  
Con que me despertaba mi buen padre;  
Los juegos inocentes  
Que fueron aquel tiempo mis delicias;  
De mi inocencia la preciosa palma;  
Mis sueños sonrientes;  
Mi dulce candidez, mi inquieta calma,  
Todos recuerdos son desgarradores  
De mi infantil historia,  
Que aumentan la amargura de mi alma,  
Que avivan y acrecientan mis dolores....  
¿Por qué perder no puedo la memoria?

Hoy ¡poderoso Dios, cuánto he vivido!  
Doquier que tiendo la mirada ansiosa  
Encuentro decepcion, muertes y olvido....

Yá no tengo una madre cariñosa  
Que arrulle mi dormir con sus canciones,  
Que acuda presurosa  
Á enseñarme sus puras oraciones.

Vierten mis ojos llanto,  
Y aquella madre que me quiso tanto  
Á enjugarlo no viene como loca,  
Con el preciado beso de su boca.

Murió la triste, y con vehemente anhelo,  
Viendo desde la gloria está mi duelo,  
Mi padecer prolijo;  
Y es tanto su cariño y su desvelo,  
Que con placer abandonára el cielo  
Por volver á los brazos de su hijo.

Madre del alma, que gloriosa moras  
Cabe el trono del Dios Omnipotente,  
Á quien por una eternidad adoras;  
Bendito sér en cuya pura frente

Besos de amor á miles  
Estamparon mis labios infantiles,  
¡No olvides que padezco horriblemente!  
Huérfano triste, con el alma herida,  
Barquilla frágil sin timon ni remo  
Soy, que vaga perdida  
En el mar proceloso de la vida,  
Y zozobrar entre sus olas temo.  
Apiádate de mí, madre querida;  
Y por este dolor en que me aflijo,  
Y por el llanto que derramo á mares,  
Haz porque amengüe mi penar prolijo,  
¡Mira que yá tu desgraciado hijo  
No sabe resistir tantos pesares!

. . . . .  
. . . . .

Como hojas secas que arrebató el viento  
Huyeron mi inocencia y mi ventura,  
Y vano es mi lamento;  
¡Ay! la felicidad dura un momento,

¡Sólo el dolor eternidades dura!

Muerto sin sepultura,  
Un descanso á mi afan busco anhelante;  
Y al comparar la edad de mi inocencia  
Con mi actual desventura,  
En gemidos prorumpo sollozante,  
Y con febril demencia,  
Casi, casi maldigo mi existencia..

¡Dios lo ha querido! La pesada carga  
Soportaré en mis hombros,  
Hasta que acabe mi existencia amarga;  
Que aunque la vida al que padece es larga,  
Torres fueron ayer que hoy son escombros.

Infancia, aurora dulce de la vida,  
¡Nunca hubiera traspuesto tus umbrales!  
Yo te bendigo, y mi alma dolorida,  
Su dicha al recordar, llora sus males.

Adios, tiempo precioso en que, inocente,  
Del dolor ignoraba aún hasta el nombre;  
Tanto quebranta mi vivir doliente

El peso de mis penas inclemente,  
Que si el niño te amó, más te ama el hombre.

Adios, ¡por siempre adios, edad dichosa!  
Se han convertido en realidad de duelo  
Tus sueños de oro y rosa....

¡Ay! ¿Dónde está la losa  
Que acabe de una vez mi desconsuelo?

## UN DESENGAÑO MAS.

Vuela, mente mia, vuela;  
Sí, vuela sin desmayar.  
Mira hacia aquellas montañas;  
Están léjos, ¿no es verdad?....  
Pues están cerca, muy cerca;  
Vé más allá.... ¡más allá!

¡Qué! ¿tan pronto el vuelo acortas?  
Sigue, sigue sin parar,  
Selvas, desiertos y mares,  
Todo dejándolo atras.  
Tengo fiebre, fiebre intensa

Que el alma abrasando está,  
Y en mi corazón ansioso  
Late violento un volcán.  
Vuela, vuela, mente mía;  
Nunca ceses de volar;  
Esta atmósfera me ahoga....  
Vé más allá.... ¡más allá!

Vé do la dicha se encuentre,  
Do esté la felicidad;  
Donde brote de venturas  
Inextinguible raudal,  
En que ávido saciar pueda  
La sed que siento de amar.  
¿No me escuchas, mente mía?  
Vuela más.... más.... ¡mucho más!  
Y á tus fuertes alas sea  
Pequeña la inmensidad.

Sigue.... así.... pero ¿qué miro?  
¿No ves una luz brillar?  
Allí está el amor, la dicha,

Los placeres allí están;  
Por fin no son ilusiones,  
No lo son.... ¡es realidad!  
Apresura, ¡qué impaciencia!  
Yá estás cerca; yá.... mas ¡ah!  
¿Y la luz...? ¡No se descubre!  
¡Todo fué ilusion fugaz!  
¡Pobres sueños de mi alma,  
En qué venís á parar!  
Como sueños, sueños fueron....  
¡Qué funesta oscuridad!

¿Y aún sigues, dí, mente loca,  
En tu imprudente volar?  
¿No te cansas?... ¡No te cansas...!  
¡Ay, me matas; pára yá!  
Mas nó; no te pares; vuela,  
Pero hácia atrás.... ¡hácia atrás!

¡Sufre mucho el alma mia!  
Retrocede por piedad,  
Y mares, desiertos, selvas

Vuelve rápida á cruzar.  
Mira hácia aquellas montañas;  
Están muy cerca, ¿es verdad?  
Pues están léjos, muy léjos....  
Sigue hácia atras.... ¡hácia atras!

— ¡Y yo buscaba, insensato,  
Ventura y felicidad!  
Si para mi alma no existen,  
¿Cómo las podré encontrar?  
Pára yá, y nunca más vuelas;  
Nunca, ¿lo oyes?... Pára yá,  
Que el corazon sufre mucho  
Y se desgarrá al trocar  
Una esperanza risueña  
Por un desengaño más.

## Á UN ÁRBOL.

### SONETO.

No una por una, sino ciento á ciento,  
Tus ántes verdes hojas han caido,  
Y al verlas vagar secas, un gemido,  
Al quebrarse en tus ramas, das al viento.

Tambien del alma, en huracan violento,  
Secas tras de arrancadas, se han perdido  
Las ilusiones de mi bien querido,  
Y, como tú, mi pérdida lamento.

Árbol que al aire tu gemido arrojas,  
Alma que viertes del dolor los sonos,  
¡Ay, nadie aliviará vuestras congojas!  
¡Perdidas entre rudos aquilones,  
Ni volverán tus destrozadas hojas,  
Ni volverán tus muertas ilusiones!

## CANTARES.

A MI QUERIDO AMIGO EL ELEGANTE POETA

DON JAVIER GOVANTES DE LAMADRID.

### I.

El barquito de mi vida  
He botado al mar del mundo;  
Tiene el timon de ilusiones....  
¡Para que lleve buen rumbo!

### II.

Dices que dicen los ojos  
Todo lo que el alma siente,  
Y si es verdad lo que dices,  
Yá debieras entenderme.

III.

De tal modo mira,  
Que dije al momento:  
«Sin la luz de sus ojos azules  
La vida no quiero.»

IV.

Que no sepa el alma mia  
De repente que me amas;  
Tambien mata la alegría.

V.

Tengo yo un sol, tu cariño;  
Y un rubí, tus labios rojos;  
Y un tesoro, tus cabellos;  
Y un cielo puro, tus ojos.

VI.

No se lo digas á nadie;  
Porque escucha tu suspiro,  
Celos tengo hasta del aire.

VII.

Los perfumes de dos flores  
Juntó la brisa galana,  
Y el amor del alma mia  
Se unió al amor de tu alma.

¿Cómo separar perfumes  
Que el cefirillo juntó?  
¿Cómo separar dos almas  
Que unió en su lazo el amor?

VIII.

¡Que no diga que te quiero!  
Habiendo llanto en mis ojos,  
¿Fuera mi amor un secreto?

IX.

Tristecita está la luna,  
Tristecito el cielo azul,  
Tristecita está mi alma,  
¿Por qué estás alegre tú?

X.

Á la orilla de un arroyo  
Tú me jurabas quererme;  
Cayó tu amor en el agua  
Y lo llevó la corriente.

XI.

Véte, mujer, de mi lado;  
Tu cantar es de sirena,  
De cocodrilo es tu llanto.

XII.

Y el céfiro que vagaba  
Te llevó un suspiro triste,  
Un suspiro de mi alma.

Y era tan triste el suspiro,  
Que, porque no te blandara,  
Te tapaste los oídos.

XIII.

¡Lo que á mí me pasa es grande!

Yo quisiera aborrecerte,  
Y no puedo más que amarte.

¡Suerte fiera!... ¡suerte fiera!  
¡Que yo más he de quererte  
Mientras más tú me aborrezcas!

XIV.

Son como el humo, niña,  
Todas tus penas;  
Primero sofocantes,  
Negras, muy negras.  
Mas como el humo,  
Ni en pos dejan señales,  
Ni duran mucho.

XV.

Son, niña, mis dolores  
Como los mares;  
Turbulentos como ellos,  
Grandes, muy grandes.  
Y son escollos

Del mar en que naufrago  
Tus lindos ojos.

XVI.

Á la orillita de un lago  
Una zagala lloraba,  
Su tranquila superficie  
*Allorando* con sus lágrimas.

Amaba á un hombre que ingrato  
Su amor no correspondía,  
Y lloraba sus desdenes  
La desventurada niña.

Al lago todas las tardes  
Iba á lamentar su pena,  
Y al acercarse la noche  
Tornaba triste á la aldea.

Y mirando al alto cielo,  
Ferviente así suplicaba:  
«Señor, ¿por qué no consuelas

Al que ama sin esperanza?»

Mas llegó una tarde en que ella  
No fué á llorar su desdicha;  
Llegó la noche, y tampoco....  
¡Pobre niña!... ¡pobre niña!

. . . . .  
. . . . .

Yá se iba el sol escondiendo  
Tras la pintoresca sierra,  
Y á lo léjos se escuchaba  
La campana de la aldea.

Y su lúgubre tañido  
En la selva resonó,  
Anunciando que la muerte  
Robaba un alma al amor.

XVII.

Pasa un dia y otro dia,

Pasa un año y otro año,  
Sólo no pasan mis penas,  
Sólo es eterno mi llanto.

XVIII.

¡Pobre barca, que navegas  
En este furioso mar!  
Si una ola te levanta  
Otra te sumergirá.

XIX.

¡Cómo deshecha en espuma  
Muere en la playa la ola!  
¡Cuál se estrella mi esperanza  
Contra tu pecho de roca!

XX.

Venid á mí, nubecillas,  
Si os encontráis seco el mar,  
Que de mis ojos no puede  
Agotarse el manantial.

XXI.

Tras la noche viene el dia,  
La luz reemplaza á las sombras,  
¡Pobre del alma que vive  
Una noche sin aurora!

XXII.

Mi pobre madre se ha muerto,  
Soy un huerfanito triste  
Que llora su desconsuelo.

XXIII.

¡Tanto me queria!  
¡Tanto me adoraba!  
Al besarme amorosa, en su beso  
Se exhaló su alma.

XXIV.

Niño que no tienes madre,  
Reza y llora, llora y reza,  
Que tu oracion y tu llanto  
Dios compasivo contempla.

XXV.

Todo, todo lo veo negro,  
Y es que á través miro el mundo  
De un prisma de horrible duelo.

XXVI.

Luto que está en los vestidos  
Es casi siempre una farsa;  
El luto que es verdadero,  
Ese se lleva en el alma.

XXVII.

Anoche estuve soñando  
Que tú al fin yá me querias;  
Nunca en sueñecitos creas....  
¡Se sueñan unas mentiras...!

XXVIII.

De un lago bebiste  
Las aguas amargas;  
Amarguitas, que el llanto es amargo,  
Y el lago es de lágrimas.

XXIX.

Las lágrimas que resbalan  
De otras lágrimas en pos,  
Son un bálsamo süave  
Que endulza nuestra afliccion.

Pero las amargas lágrimas  
De un infinito dolor,  
Esas no enturbian los ojos,  
Que las bebe el corazon.

XXX.

No te canses, no te canses,  
No voy más al cementerio,  
Que las penas de mi alma  
Turban la paz de los muertos.

XXXI.

¿Dónde irán las hojas secas  
Que arrebató el temporal?  
¿Dónde irán mis pobres lágrimas?  
Mis suspiros ¿dónde irán?

XXXII.

Á entrar iba por el pueblo,  
Y me senté fatigado  
Enfrente del cementerio.

Un entierro se acercaba;  
Mi corazón se oprimió  
Y se entristeció mi alma.

Iba delante una cruz,  
Los curas cantando, y luégo  
Descubierto un ataúd.

Fijé mi vista en la caja,  
Y con espanto ví en ella  
La niña que yo adoraba.

. . . . .

¡Dicen que matan las penas!  
Á ser verdad que matáran,  
Entónces muerto me hubieran.

XXXIII.

Un desengaño te pido;  
Dámelo, que un desengaño  
Enseña más que cien libros.

XXXIV.

Yo tuve un tiempo un amigo  
Al que abrí mi corazón,  
Y el amigo lo fué tanto,  
Que mis secretos vendió.

Si ántes mucho lo queria,  
Hoy lo quiero mucho más;  
Me ha dado en un desengaño  
Una prueba de amistad.

XXXV.

Firme creí en tu cariño  
Mientras no hubo juramentos;  
Hoy me juras que me quieres,  
Y ya empiezo á no creerlo.

XXXVI.

Por vez primera has llorado;  
Vete acostumbrando, niña,  
¡Te queda que llorar tanto!

XXXVII.

Déjame, niña, que llore;  
Déjame gozar llorando;  
¿No sabes que el llanto es  
La risa del desgraciado?

XXXVIII.

¡Llorando yo, y tú riendo!  
¡Quiera Dios que nunca sepas  
Lo que es verse cual me veo!

¿Llorando estás? . . ¡Pobrecilla!  
¿No te dije que del llanto  
Era prólogo la risa?

XXXIX

¡Quién lo había de pensar!

En este mundo de engaños,  
Quien más ríe, llora más.

XL.

Ten lástima del que goza,  
Compadece al que es feliz;  
Los placeres duran poco,  
Y el penar no tiene fin.

XLI.

Dicen al verme reír  
Que mi suerte es la mejor;  
Estoy tan hecho á sufrir,  
Que me río de dolor.

XLII.

Cuando niño, el alma mía  
Con cuentos se embelesaba,  
Y las mentiras creía.

Y ¡cosas que traen los tiempos!  
Tales son mis desengaños,

Que hoy las verdades no creo.

XLIII.

Contaba al mundo en mi sueño  
La historia de mis pesares;  
Abri los ojos, y ví....  
Que no me escuchaba nadie.

XLIV.

¡Qué cosas se ven, bien mio!  
Tú, de tan alegre, lloras;  
Y yo, de tan triste, rio.

¡Risa y llanto...! ¡Llanto y risa!  
¿Por qué dos nombres distintos,  
Si son una cosa misma?

XLV.

¡Si se pudiera expresar  
Cuanto se puede sentir!  
¡Si se pudiera reir  
Cuanto se puede llorar!

XLVI.

Mil veces me lo pregunto,  
Y ni una me lo contesto:  
¿Son los sueños realidades?  
¿Son las realidades sueños?

XLVII.

Si la muerte es el sufrir,  
He muerto ántes de nacer;  
Si la vida es el placer,  
Aún no he empezado á vivir.

XLVIII.

Un alma, la de mi madre,  
Vino á decirme en secreto,  
Que la muerte de los vivos  
Es la vida de los muertos.

XLIX.

Estúdialo bien, que es raro:  
Hay niños con medio siglo,  
Y hay viejos con veinte años.

L.

Como la nube en el cielo,  
Como la estela en el agua,  
Se desvanecen fugaces  
Todas las dichas humanas.

Un instante se perciben,  
Y despues, no dejan nada....  
Lo que la nube en el cielo,  
Lo que la estela en el agua.

## ¡MAÑANA!

Ten de mí compasion: seca ese llanto  
Que huella aleve tus mejillas pálidas,  
Y no malgastes perlas que te envidian  
Las dulces alboradas.

Desparezca esa nube que, traidora,  
Tus claros ojos sin cesar empañã;  
¡Oh, no llores, mi bien! ¡por el cariño  
Inmenso de mi alma!

Yo tambien, como tú, vivo muriendo,  
Que no me alumbra el sol de tu mirada,  
Y tambien del dolor surcan mi rostro  
Las lágrimas amargas.

Y ¿cómo nó, si el ángel de mi dicha  
Con profundo pesar plega sus alas,  
Y al viento da sus lánguidos suspiros,  
Y en su llanto se baña?

Y ¿cómo nó? Las gotas de ese llanto  
Son lava hirviente que mi pecho abrasa,  
Y los tristes gemidos de tu pena  
Mi corazon desgarran.

No más llores; no aumentes las congojas  
De este mísero sér que tanto te ama,  
Que te debe el aliento que respira,  
Como la flor al aura.

¡No más llores, por Dios! Sobre nosotros  
Ruge la tempestad de la desgracia,  
Pero tal vez la siga muy de cerca  
La bienhechora calma.

¡Oh, sí, no es ilusion de mi deseo!  
Yo la miro brillar en lontananza,  
Y oigo una voz de celestial encanto,  
Que nos dice: ¡Mañana!

¡Mañana! ¿No lo escuchas? La alegría  
En tu apenado corazon renazca;  
El «mañana» vendrá.... ¡Bendita seas,  
Dulcísima esperanza!

Tambien, tambien entónces llorarémos,  
Que hace llorar la dicha, mas no daña,  
Y al mirarse radiantes nuestros ojos,  
Dirán en sus miradas:

«¡Bien haya aquel que, en la fortuna adversa,  
Nunca perdió la fe ni la constancia!

¡Bien hayan nuestras penas bendecidas!

¡Bien hayan nuestras lágrimas!»

## ¡IMPOSIBLE!

¿Olvidarla...? ¡Imposible! ¡Es imposible!  
No puedo conseguirlo;  
Su rostro, á mi pesar, en todas partes  
Ve, sin mirarlo, mi tenaz delirio.

¡Imposible! Su voz constantemente  
Vibrando está en mi oído,  
Y las errantes brisas de la noche  
Fingen sus melancólicos suspiros.

¡Imposible! Su plácido recuerdo  
Está siempre conmigo;  
Todo, todo en el mundo me habla de ella,  
El cielo, el sol, la brisa, el bosque, el río...

¿Olvidarla?... ¡Imposible! Nunca, ¡nunca!  
¡Si no puedo, Dios mio!  
¡Si al mismo tiempo que me está matando,  
Es mi vida, es mi sér este cariño!

## MODERNO ÍCARO.

### SONETO.

En esta muerte que viviendo estoy,  
Preso de un triste amor en la cadena,  
Si esperé que fin dieras á mi pena,  
Esa esperanza yá perdiendo voy.

De tu rudo desden aljaba soy,  
Que mi alma de sus dardos está llena,  
Y á sufrir dura suerte me condena,  
Hoy como ayer, mañana como hoy.

Eres radiante sol que fuego exhalas,  
É Ícaro fui que de tu amor el cielo  
Quise escalar con inseguras galas.

Y tú paraste mi imprudente vuelo,  
Y derretiste mis endebles alas,  
Y me arrojaste á un mar de eterno duelo.

# LUISA.

BALADA.

I.

Yo la vi, cuando la aurora  
Tiñe de grana los prados,  
En la playa solitaria  
Derramar su triste llanto.

De la tempestad violenta  
Cesó el horroroso espanto,  
Y el mar estaba sereno,  
Tan sereno como un lago.

Yo ví la cuitada niña  
Junto á la roca, mirando

La yá tersa superficie  
Del yá tranquilo Océáno.

«—Peregrino, peregrino,  
Dijome en tono angustiado,  
Por tu amor, si es que lo tienes,  
Si no por el cielo santo,

»Mira y dime si divisas  
La barquilla del que amo,  
Que yo estoy llorando mucho  
Y no están mis ojos claros.

»Salió ayer tarde en su barca,  
Ruda tormenta ha bramado,  
Y aúnno ha vuelto, y yo le espero,  
¡Y yo le espero llorando!»

## II.

Yo la ví cuando el sol tibio  
Caminaba hácia el ocaso;  
Llorando la niña estaba,  
Y me hizo llorar su llanto.

Négro nubarron enorme  
Iba el cielo encapotando,

De la tempestad cercana  
Casi infalible presagio.

Yo la ví junto á la roca  
Levantando entrambas manos  
Al cielo, y así diciendo  
Con rudo pesar amargo:

«—Señor, que vuelva.... ¡que vuelva!  
Yo le amo, le idolatro,  
Y sin su amor, que es mi vida,  
Morir impaciente aguardo.

»¿Permitirás tú, Dios mio,  
Tú dejarás, cielo airado,  
Que esta desgraciada niña  
Quede en negro desamparo...?

»¡Ay, que mi última esperanza,  
Como el sol, va hácia su ocaso!  
¿Si él ha muerto?... ¡Si no vuelve,  
Aquí moriré llorando!»

### III.

Yo la ví, cuando la noche  
Tendió su lóbrego manto;

¡Ay! yo la ví á la sombría  
Cárdena luz de un relámpago.

El ronco rugir del trueno  
Retumbaba en el espacio,  
Y el huracan azotaba  
El mar desencadenado.

Yo ví moverse en la orilla,  
De una barca los pedazos,  
Al embate de las olas  
Contra la roca chocando.

Y brilló hendiendo los aires  
La sulfúrea luz de un rayo,  
Y al ver la niña cuitada  
Quedé transido de espanto.

Muerta la ví entre las olas,  
Tranquilo el semblante pálido,  
Suelto el undoso cabello,  
Rasgado el ropaje blanco.

¿Quizá buscaba á su amante  
Por todo el ancho Océáno?  
Tal vez.... ¡Dichosa la niña,  
Que yá no estaba llorando!

## EN LA MUERTE

de la inspirada poetisa

SEÑORA DOÑA CRISTINA RODRIGUEZ DE QUESADA.

¿Por qué en vez de las plácidas canciones,  
Que otro tiempo llevó la brisa ufana,  
Hoy sólo lleva los dolientes sonos  
De la mortuoria funeral campana?

¿Por qué resuenan en mi atento oído,  
Como suspiros lúgubres é inciertos,  
Las tristes notas del perpétuo olvido,  
Las preces que se cantan á los muertos?

Amiga, ¿dónde estás? ¿Tu voz preciada  
Por qué no das al viento, cual solias,  
Y por qué yace rota y empolvada  
El arpa de las dulces armonías?

¡Ay, que siempre la flor muy poco vive!  
Al aura matinal abre su broche,  
El rayo postrimer del sol recibe  
Y al soplo de aquilon muere en la noche.

¡Miradla, mas no hablad! Está dormida;  
No la llameis, que le daréis enojos:  
Por no ver las miserias de la vida,  
Cansada de llorar, cerró los ojos.

¿Por qué, padres y esposo, estais llorando?  
Callad, por Dios, callad.... ¡Que no despierte!  
¿Despertarla? Nó, nó, que está gozando  
Del apacible sueño de la muerte.

¡Oh! ¿No sabeis que la fortuna fiera  
Emponzoñó su vida en la amargura?  
¿No sabeis que quizás la muerte fuera  
Su única dicha, su primer ventura?

¿Y no sabeis que hay seres desterrados  
Á esta mansion tristísima de duelo,  
Que viven en la tierra desgraciados  
Porque es su patria natural el cielo?

¡Ella feliz! que goza de la gloria  
Y con penas mundanas yá no lidia;  
Al recordar amantes su memoria,  
Lloremos, sí, lloremos, mas de envidia.

Nuestro triste vivir pase llorando,  
Justa es la pena que nos mueve guerra,  
No porque ella en el cielo está morando,  
Sino porque aún estamos en la tierra.

## A LA MUSICA.

A LA SEÑORITA

DOÑA ELOISA DE SOTO Y BOBADILLA.

Las maravillas de aquel arte canto,  
Que con vária expresion, grata al oido,  
Mide y combina el tiempo y el sonido.  
IRIARTE. (*La Música*, poema.)

¿Ser pudiera tu origen de este mundo?  
¡Oh arte sublime, que las almas mueves  
Con generoso impulso asaz profundo!  
¿Tu brillante existencia  
Al humano entusiasmo quizá debes?  
¡Oh, nó, nó puede ser! Tú eres más alta;  
Mundos de inmaculada transparencia  
Has debido cruzar, arte divina,  
Y espacios mil sin nombre,  
Ántes que tu belleza peregrina

Viniera el alma á cautivar del hombre.

Mas ¿por qué entre nosotros has venido,  
Ilustre desterrada  
Del Empíreo inmortal? ¿Quién ha podido  
Los destellos traer de tu luz pura  
Á esta humanal mansion pobre y oscura?

Acaso Dios, en su paterno celo,  
Porque su cielo amáran al amarte  
Los hombres en el suelo,  
Dejar quiso en la tierra algo del cielo,  
Y dártenos le plugo, ¡oh dulce arte!

Él dió á la fuente el plácido murmullo,  
Y su poder divino  
Dió á la tórtola amante el dulce arrullo,  
Al ruiseñor el regalado trino,  
Y el blando susurrar al aura leda  
Que escúchase gemir en la arboleda.

Todo canta su gloria, todo alaba  
Con misterioso idioma de armonías  
Su inmenso amor, que la creacion absorta  
Le adora y es feliz siendo su esclava.

Y hasta el rugiente mar, que las sombrías  
Rocas azota con gemidos huecos,  
Y hasta el rudo aquilon, que airado zumba  
Y que remedan hórridos los ecos,  
Y el trueno que en los cóncavos retumba,  
¡Todo lo que por Tí tiene existencia,  
Canta ¡oh Señor! tu excelsa omnipotencia!

Y el hombre, á quien tu plácida ternura  
Dotó de un alma que es tu semejanza,  
De un alma noble y pura,  
Para cantar tu amor y su ventura,  
Levantar quiso un himno en tu alabanza,  
Que ¿cómo, cómo el hombre  
Pudiera no ensalzar tu santo nombre?

Á confiar su acento  
Va á la pura region del vago viento;  
Él en revueltas y apacibles ondas  
Elevará al Señor tres veces santo  
Las dulces notas del humano canto.  
Pero ¡su lengua permanece muda!

¿Por qué su voz los aires no quebranta?  
¿Acaso impío duda  
Su pensamiento insano...?  
Nó, nó, la sola idea yá le espanta;  
Es que quiere cantar, y quiere en vano;  
¡Es que su voz se anuda en su garganta!  
Que, de su amor en prenda,  
Su acento indigno dón le parecia,  
Y elevar no podia  
Á tan alto Señor tan pobre ofrenda.

Y el Señor bondadoso,  
«Cumplido en breve se verá tu anhelo;  
—Exclamó generoso—  
Que conduzcan mis ángeles al suelo  
Su más süave cántico armonioso,  
Y aprenda el hombre á celebrar mi gloria  
Con duicisonos cánticos del cielo.»

Dijo, y pueblan el viento  
Espíritus mil y mil; sus níveas alas  
De polvo sideral en movimiento  
Blando agitan; sus galas,

Las del sol oscurecen deslumbrantes;  
Su regalado aliento  
De aromas dulces de ámbar y rosas,  
Los aires llena; perlas y diamantes,  
Zafiros y topacios  
La vista ofuscan, y sin par contento,  
De misterioso amor y de alegría,  
Inunda los espacios  
En oleadas de mágica armonía.

Y la Música fué: por todas partes  
Lleva el viento en sus ráfagas sonoras  
El suavísimo encanto  
De la más hechicera de las artes;  
Más plácidas deslízanse las horas,  
Y en concertado canto  
Pudo ya, cual los ángeles, el hombre  
Digno hosanna entonar de Dios al nombre.

Escuchad: en las bóvedas oscuras  
Del templo del Señor dulce resuena  
El cántico acordado

De las vírgenes puras,  
Y los ámbitos llena  
La armonía del órgano sagrado,  
Que va á perderse en la region serena,  
Y al almo trono sube  
Con la de incienso vagarosa nube.

¡Ay! ¿qué tiene de mágico ese acento?  
¿Qué vago sentimiento  
Sin forma y sin color, mas suave y blando,  
Cual enternecimiento  
Despiértase en el alma,  
Que así al Sumo Hacedor la va elevando?  
¿Por qué renace la perdida calma  
Del corazon herido,  
Al influjo del arte soberano,  
Que es benéfico bálsamo á sus males,  
Y trémulo el mortal, mudo y de hinojos,  
Brotar siente en riquísimos raudales,  
Amor el alma y lágrimas los ojos?

¡Yo te adoro, arte bella! ¡Cuántas veces

Siendo yo niño, en las sagradas preces,  
Verter me hiciste llanto de ternura!  
Y escuchaba tu mágica armonía,  
Y mi alma sentía  
Tan lánguida emoción, tan dulce y pura,  
Que, sin poderlo remediar, lloraba,  
Lloraba en mi ventura,  
Y entónces la amorosa madre mía  
Mis lágrimas con besos enjugaba.

Pero murió mi madre; pero ha muerto,  
Y cuando, en sólo una sentida nota  
De funeral concierto,  
Recuérdasme un poema de pesares,  
Llanto en mis ojos brota,  
Llanto que vierte el alma, llanto á mares,  
Sin que una madre, con afán prolijo,  
Venga á secar el rostro de su hijo.

Y déjolo correr; que libremente  
Mis pálidas mejillas surque ardiente,  
Dejando en pos de sí profunda huella,  
Que, llorando al recuerdo de mi madre,  
Benditas son mis lágrimas por ella.

¡Música, arte divina!

De tal modo del hombre el alma mueve  
Tu celeste influencia peregrina,  
Que á tí gran parte de sus glorias debe.  
Por tí el griego Terpandro  
Las iras apacigua de la plebe;  
Por tí el audaz Tirteo  
Una victoria digna de Alejandro  
Arranca á los Mesenios altaneros,  
Infundiendo valor á los de Esparta  
Con sus sublimes cánticos guerreros.  
Pero ¿qué mucho fué que él alentase  
Sus soldados contigo, y de este modo  
Sus ánimos cansados esforzase?  
¿Qué mucho que en el hombre  
Ejercas un poder casi invencible,  
Si á las fieras Orfeo  
Encadena en la magia irresistible  
De su canto apacible,  
Y aplaca las deidades del Leteo?

Idioma celestial, ¿quién no te admira?

Y ¿quién, por insensible, no te amà?  
Tu acento al escuchar ¿quién no suspira  
Y en entusiasmo férvido se inflama?  
Tú las almas enciendes  
De amor divino en la sagrada llama;  
Bálsamo bienhechor, benigna atiendes  
De las almas enfermas á los males,  
Y, por tu encanto suave y peregrino,  
Eres delicia y paz de los mortales.  
Tú inspiras la virtud; tú la acrecientas;  
Tú en los humanos pechos  
Los grandes sentimientos alimentas,  
Y á empresas generosas los alientas.  
Cual tu hermana la dulce Poesía,  
Madre fuiste de mil preclaros hechos  
Que vivirán del mundo en la memoria,  
Y un esplendente sol de eterno día  
Alumbrará tu inmarcesible gloria.

Gentiles auras leves,  
Que del abril los florecidos prados  
Cruzais con alas breves;